

LA MARCHA POR LA PAZ Y LAS DEMOCRACIAS CENTROAMERICANAS

Cerca de 300 personalidades de Europa, Estados Unidos, Canadá, Latinoamérica y Asia, patrocinadas por organizaciones ecológicas, pacifistas y religiosas partieron el 10 de diciembre de Panamá con el propósito de llevar un mensaje de paz al convulsionado istmo centroamericano y concluir su marcha el 22 de enero en la ciudad de México, desde allí partiría una delegación hacia la Casa Blanca en Estados Unidos, con el fin de solicitar del gobierno de Reagan el cese a la intervención militar en la región centroamericana.

Tal manifestación pacifista seguramente nunca fue del agrado del gobierno de Reagan, destinatario final de la jornada en busca de la paz en Centroamérica, así como de los sectores fascistas de la región empeñados en rechazar cualquier alternativa política.

Los integrantes de la "Marcha por la paz en Centroamérica" pronto hicieron contacto con la realidad de la llamada "Suiza centroamericana" cuando un grupúsculo de anti-comunistas del llamado movimiento "Costa Rica Libre" los insultó y los agredió a pedradas, todo ello con la complicidad de las autoridades costarricenses las cuales emplearon gases lacrimógenos contra los marchistas por la paz y les exigieron abandonar el país inmediatamente. La actitud del gobierno del presidente Monje, lejos de salvaguardar la democracia costarricense, evidenció su identificación con los agresores anti-comunistas.

Grande habrá sido la sorpresa de los marchistas y de la comunidad internacional cuando en un país tradicionalmente ejemplo de democracia en Centroamérica, se agredía a un

grupo de pacifistas indefensos, quienes con su marcha lo único que persiguen es evitar males mayores para todos los habitantes de la región, ante la terrible posibilidad de una regionalización del conflicto militar.

El reverendo Blose Bonpane, uno de los coordinadores de la marcha, manifestaba: "nos ha extrañado mucho la actitud de los costarricenses que nos están repudiando." "No somos sandinistas y mucho menos comunistas, sino pacifistas que queremos la paz para la región centroamericana." Y agregaba: Costa Rica "que visité algún tiempo atrás, se ha convertido en un país fascista y ha dejado de ser un país de paz y libertad."

Los incidentes en Costa Rica sugieren algunas reflexiones: parece claro que la democracia exige mucho más que efectuar cada cierto tiempo elecciones libres, que en parte de la población costarricense se está gestando un peligroso sentimiento chauvinista y antisandinista y que el gobierno costarricense está perdiendo su relativa autonomía y cada vez se pliega más a los caprichos de la política belicista del gobierno de Reagan.

Expulsados por el gobierno del presidente Monje, ultrajados y golpeados por los rabiosos anti-comunistas y agredidos con gases lacrimógenos por la policía costarricense, los marchistas dejaron Costa Rica y arribaron a Nicaragua en donde pueblo y gobierno fundidos en un solo abrazo los recibieron con cariño y alegría, porque el pueblo nicaragüense y su gobierno sí quieren la paz, si anhelan la paz; porque saben

que la paz es necesaria para acelerar la construcción de su nueva sociedad libre, racional y justa, por ello, cualquier esfuerzo en tal sentido es aclamado con entusiasmo y agradecimiento.

La paz para Nicaragua es vital, de allí que el gobierno de Reagan busque obstaculizar cualquier esfuerzo encaminado en tal sentido, ya sea financiando a los "contras," estúpidamente llamados por Reagan: "luchadores por la libertad," ya sea saboteando a Contadora, e incluso impidiendo, mediante gobiernos incondicionales, un modesto esfuerzo como el de la "Marcha por la paz en Centroamérica." Solamente así se explica que el gobierno hondureño, luego de una posición dubitativa ante el posible paso por su país de los marchistas, terminara por negarles el ingreso y apostara soldados en la frontera con máscaras antigases, fusiles automáticos y bombas lacrimógenas. Obviamente, tal disposición ante un grupo de indefensos pacifistas es absurda, prepotente y ridícula, seguramente por ello, los 80 norteamericanos que participan en la marcha, desplegaron banderas de Estados Unidos cuando observaron que los soldados hondureños se colocaban las máscaras antigases y colocaban los dedos en los gatillos de sus fusiles automáticos.

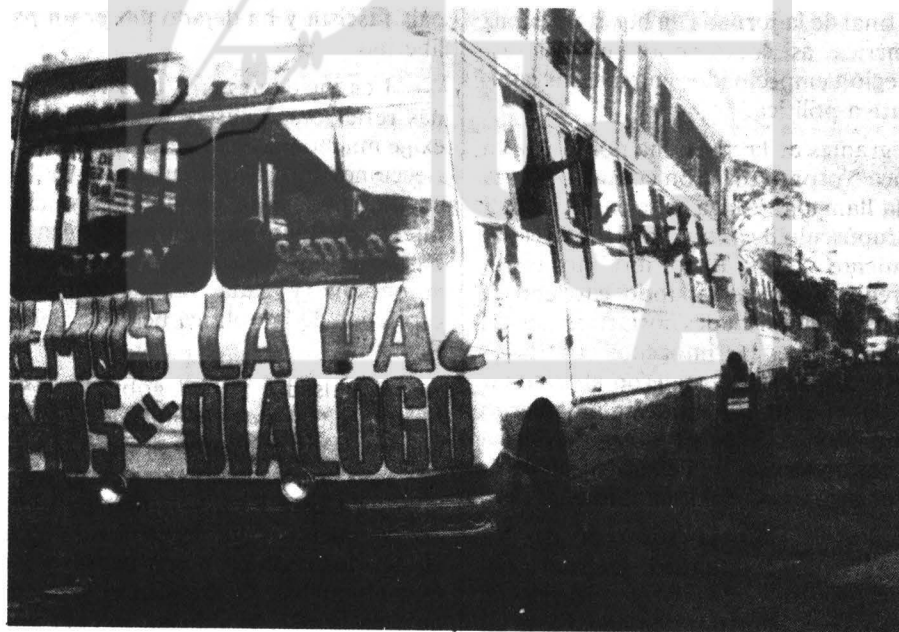
Honduras, convertida por el gobierno de Reagan, en el nuevo gendarme del área, ha impedido tozudamente el paso de los pacifistas pese a

que, de acuerdo a la legislación hondureña, cualquier persona debidamente identificada puede obtener en cualquier puesto fronterizo un permiso especial para permanecer en el país, sin visa, durante 24 horas.

La negativa del gobierno hondureño, generó protestas de las organizaciones humanitarias, las cuales consideraron tal decisión como violatoria de las leyes vigentes en el vecino país; sin embargo, el ministro de gobernación y justicia, sostuvo: "nuestras leyes se refieren a la libre movilización individual y no en grupo con fines específicos" (sic), además, argumentó: "esos marchistas causaron serios problemas en Costa Rica y las autoridades hondureñas están en la obligación de evitar y prevenir que actos similares sean protagonizados en nuestro país."

La argumentación del ministro hondureño es tan endeble y falta de veracidad que bastaría con decirle, en primer lugar, que de acuerdo a la interpretación que hace de la ley, a Honduras no se le podría permitir el ingreso de un grupo de turistas, en tanto llegen como grupo y, obviamente, con fines específicos por baladías que éstas sean; en segundo lugar, los marchistas no causaron problemas en Costa Rica, los causantes fueron los trogloditas del movimiento "Costa Rica libre."

Sin embargo, las autoridades hondureñas, han negado el ingreso a los pacifistas y han afir-



mado que ello, "en modo alguno disminuye la tradición hondureña que ampara el libre tránsito de personas por nuestro país," seguramente, pensando en el grupo de marinos norteamericanos que se encuentran en Palmerola.

A la negativa hondureña, se sumó dos días después el "democrático" gobierno de Duarte, y sorprendentemente Guatemala, que ya había autorizado a los marchista a cruzar por el territorio guatemalteco en su ruta hacia México. Las piezas del dominó que maneja el gobierno de Reagan, caían una tras otra, tratando de hacer fracasar un singular esfuerzo por la paz en nuestra terriblemente convulsionada región.

La "Marcha por la paz en Centroamérica," interrumpida en la zona limítrofe entre Nicaragua y Honduras —al momento de escribir estas líneas— pensamos que ha sido muy fructífera en cuanto a enseñanzas. Ha evidenciado ante la comunidad internacional la calidad de democracia que se vive en la región. Seguramente ha permitido imaginar a qué tipo de regímenes nos enfren-

tamos los nacionales, cuando a un grupo de reconocidos pacifistas extranjeros se los ataca, se los expulsa, y se los amenaza con fusiles automáticos. Además, ha mostrado cómo se deforman los hechos y se manipulan arbitrariamente las leyes. Ha dejado claro también quiénes desean la paz y quiénes reciben con agrado cualquier esfuerzo encaminado a evitar una regionalización del conflicto. Ha permitido comprobar una vez más cómo los gobiernos de Costa Rica, Honduras, El Salvador y Guatemala tienden a plegarse a los designios del gobierno de Reagan, en esfuerzos por la paz de menor significación que los infructuosamente implementados por el grupo de Contadora.

El esfuerzo y el sacrificio de esos hombres y mujeres amantes de la paz ya fructificó y quienes compartimos sus principios les estamos muy agradecidos y les animamos a no desfallecer, "la marcha es lenta, pero sigue siendo marcha."

A. O. M.

